



CAPÍTULO VIII.

« Caballero : » dijo el hombre de la ley, « sin lisonja os digo que poseéis la mejor y más bella batería de cocina que descarse pueda; tanto, que el rico más vanidoso no se avergonzará de solicitarla. »

J. BUTLER. — *Udibras.*

DESPUÉS de confiar nuestras cabalgaduras á un criado que vestía la librea de casa mi tío, y estaba en la cuadra, penetramos en el castillo.

Experimenté cierta sorpresa, y mi linda compañera sintió aún más al hallar en el vestibulo á Rashleigh Osbaldistone, quien por su parte, pareció no menos sorprendido de vernos.

— Rashleigh, — dijo miss Vernon, sin darle tiempo para dirigirnos pregunta alguna; — ¿ estábais enterado del asunto del señor Francis y habéis venido á conferenciar acerca del mismo con el juez ?

— Si ; no he venido á otra cosa ; — contestó tranquilamente. Y añadió luégo, saludándome : — He procurado prestar á mi primo todo el auxilio que de mí dependía ; pero... me contraría el verle aquí.

Separándose entonces de su prima, que parecía irresoluta, dirigióme la palabra en tono amistoso.

— No dudéis de mi celo en serviros, señor Osbaldistone, — dijo. — Si os abandono en este momento es en interés vuestro. Pero poned en juego vuestra influencia para decidir á nuestra prima á que parta. Su presencia no ha de seros útil y su reputación corre peligro.

— Predicáis á un convertido, caballero: estad seguro de ello. He rogado á miss Vernon que regresara, con tanta solitud como me ha sido dable emplear.

Reinó un instante de silencio, que Diana fué la primera en romper.

— En suma, — dijo, — no me marchó sin veros á salvo de las manos de los filisteos. El primo Rashleigh, quiero creerlo, tiene buenas intenciones, pero él y yo nos conocemos de antiguo. No me marchó, Rashleigh, y... — añadió en tono más suave, — sé que permaneciendo aquí, tendréis una razón de más para mostraros diligente.

— ¡Quedáos, pues, cabeza loca y antojadiza! Demasiado sebéis á quién os dirigís.

Y precipitóse fuera del vestibulo. Un momento más tarde percibimos cómo se alejaba, al galopar de su caballo.

— ¡Gracias á Dios que se fué! — exclamó Diana. — Y ahora vamos á ver al juez.

— ¿No sería conveniente llamar á un criado?

— No vale la pena. Conozco el camino del antro. Caeremos sobre él de improviso. ¡Seguidme!

Encaramóse por una pequeña y oscura escalera, atravesó por un corredor apenas iluminado, y penetró en una antesala tapizada con viejos mapas, planos de arquitectura y árboles genealógicos. Una puerfa, con doble hoja, daba acceso al comedor donde una voz recia que, en otros tiempos, había debido hacer coro á más de un estribillo báquico, cantaba la siguiente copla de una antigua canción:

*El puerto de mar muy malo ;
El tiempo siempre un infierno ;
El fastidio inacabable...
Quien no se acogió en el puerto
Merece un árbol cercano
Y la cuerda en el pescuezo.*

— ¡ Oh, oh ! — dijo miss Vernon. — Nuestro alegre juez ha comido ya. No creía que fuera tan tarde.

En efecto: M. Inglewood, cuyo apetito se excitara aquel día con el ejercicio de su cargo, había adelantado su segundo refrigerio, que verificaba al medio día en lugar de celebrarlo á la una, según costumbre general en Inglaterra.

Los diversos incidentes de la mañana habían hecho que retardáramos un poco, y el juez no había perdido tiempo tratando el asunto más importante de la jornada.

— Aguardadme: — dijo Diana; — conozco á los séres y voy en busca de un criado. Si os viera mi hombre, de sopetón, estallaría de sorpresa.

Y me abandonó, dejándome perplejo acerca de si me convenía avanzar ó batirme en retirada. La conversación, que tenía lugar en el comedor, llegaba distintamente á mi oído, y sorprendiéronme muy especialmente las excusas que alegaba, para no cantar, una voz ronca cuyo acento llorón no me era desconocido.

— ¡Cómo, caballero! — decía el juez. — ¿Rehusáis cantar? ¡Por la Virgen, que lo veremos! Habéis apurado mi cocotero lleno de vino de España, ¿y eso se os atraganta? Sabed, señor mío, que el vino de España haría cantar y hasta hablar á un gato si fuere preciso. ¡Venga una alegre cancioncilla, ó largaos de mi casa! Me habéis hecho perder un tiempo precioso con vuestras perras declaraciones, ¿y pensáis hacer las paces conmigo pretextando que no podéis cantar?

— Vuestro Honor está dentro de la legalidad, — dijo otra voz cuyo tono chillón y lleno de suficiencia mostraba ser la

del escribano. — El demandante debe de ser ejecutado : trae el fallo escrito en la cara.

— Concluya , pues , — replicó el juez — ó ¡ por San Cristóbal que va á tragar mi cocotero lleno de agua salada, conforme á la ley vigente en la materia!

El cumplimiento siguió de muy cerca á la amenaza.

Mi ex-compañero de viaje (ya no podía caberme duda de que era él el culpable en cuestión,) principió á cantar con plañidera voz , parecida á la de un condenado que entona su último salmo sobre el cadalso , unas endechas que comenzaban así :

*Buenas gentes , dad oído
A esta historia de dolor :
Es la de un ladrón famoso ,
Es la de un sin par ladrón ,
Que jamás robara á medias.
¡ Tralarón , el picarón !*

*Aquel tuno de alma negra ,
Sable en mano , acometió
Solo , un día , á seis compadres
En el bosque de Brentford ,
Al regreso de la feria.
¡ Tralarón , qué picarón !*

*La mesa habian dejado ,
Dándose un buen atracón
De bebidas , cuando el tuno
Blasfemando así gritó :
« ¡ Alto , perros !... ¡ Todo es mio !... »
¡ Tralarón , qué picarón !*

Ignoro si las honradas personas , cuyo lance ha dado asunto á la elegíaca canción , experimentaron más horror , al aspecto del facineroso , que el coplero puso ante mí de manifiesto , ya



Entrada de Francis en el comedor del juez Inglewood.

que cansado de aguardar á que un criado llegara para anunciarme, y algo corrido con mi papel de oyente involuntario, presentéme á la reunión en el momento en que Morris (tal era su nombre) atacaba la cuarta copla. La nota aguda, con que principiaba el motivo, extinguióse en un sordo temblor de espanto, no bien se halló el hombre frente á frente de quien no era menos sospechoso á sus ojos que el mismo héroe de su balada. Quedó con la boca abierta como si hubiese visto la cabeza de Medusa.

Bajo la influencia soporífera de aquella quejumbrosa música, el juez se había amodorrado. El silencio, iniciado bruscamente, lo despertó; agitóse en su silla, azorado á la vista del inesperado comensal que acababa de aumentar la compañía durante su sueño. El escribano, que fácilmente reconocí á su sólo aspecto, no experimentó menor sacudida, participando, sin saber por qué, del espanto de su digno adlátere.

Usé de la palabra, á fin de acabar con la alarma que mi entrada había producido.

— Mi nombre, señor Inglewood, es Francis Osbaldistone. He sabido que un miserable había presentado querrela ante vos acusándome de complicidad en un robo de que se dice víctima.

— Caballero, — contestó el juez refunfuñando, — esos son negocios de que no me ocupo jamás sentado á la mesa. Tiempo queda para todo. Un juez de paz tiene el derecho de comer como cualquier nacido.

Diré de paso que la magestuosa gordura del señor Inglewood no parecía haber sufrido mucha abstinencia bajo el servicio del rey ó de la religión.

— Dispensad, caballero, mi inoportuna visita, — repuse, — pero se trata de mi reputación, y... puesto que ha terminado ya vuestra comida...

— ¿ Terminado?... No, señor. La digestión es tan necesaria al hombre como la nutrición. Y aplicándolo á mí, ¿ qué provecho voy á sacar de mis comidas, si no se me concede un par de horas de siesta para poder entregarme á la alegría inocente y á las honradas libaciones ?

— Como amigo y como pariente, señor Osbaldistone, — repliqué, — debierais más bien sentirlos contrariado viéndome en otra parte, dado que el ultraje inferido á mi honra me llamaba imperiosamente á este sitio.

— Convengo en ello; pero, á juzgar por la disertación de mi padre, podía yo suponer que una pronta retirada á Escocia, hasta que se hubiesen amortiguado bienamente las cosas...

Respondí, con cierto impetu, que no me incumbía adoptar precaución de ningún género, y que, lejos de pretender amortiguar cosa alguna, había ido allá para denunciar una abominable calumnia y buscar, resueltamente, el origen de la misma.

— El señor Francis es inocente, Rashleigh; — dijo miss Vernon; — solicita una información sobre el delito de que se le acusa, y yo estoy pronta á defenderle.

— ¿ Vos, linda prima? Creía que mi presencia, en semejante asunto, podría ser más provechosa que la vuestra al señor Francis, ó á lo menos, más puesta en razón.

— ¡ Oh! ¿ Quién lo duda? Pero... dos cabezas pueden más que una sola, dice el proverbio.

— ¡ En especial si es como la vuestra, encantadora Diana!

Así diciendo, Rashleigh adelantóse y tomó la mano de la joven con tierna familiaridad, lo que hizo me pareciera cien veces más feo de lo que en realidad era.

Miss Vernon llamóle aparte y entabló con él, por lo bajo, un animado coloquio, con trazas de reclamar del joven algo que éste no quería ó no podía conceder. La expresión de sus rostros ofrecía un marcado contraste. Miss Vernon, seria al principio, montó en cólera; brillaron sus ojos y su cutis se coloreó; prietas sus manecitas, y sacudiendo el suelo con el breve pié, parecía escuchar con mezcla de indignación y de desprecio las excusas que Rashleigh, ligeramente inclinado hacia atrás, (pero sin abandonar sus modales pulcros y respetuosos, su aspecto impasible y su indulgente sonrisa,) deponía á sus plantas. Por fin, separóse de él bruscamente, diciendo:

— ¡ Lo quiero!

— No está en mi mano; — contestó el otro. — ¡ Es absolutamente imposible! ¿ Lo creyerais, señor Osbaldistone?

— ¿ Perdéis el ingenio? — interrumpió ella.

— ¿ Lo creyerais? — insistió él, afectando no comprenderla.

— Miss Vernón pretende, á todo trance, no sólo que me convenza de vuestra inocencia, (y no es posible convicción más arraigada que la mía acerca del particular,) sinó que conozca yo los verdaderos autores del robo, supuesto que el tal robo se haya cometido.

— Es inútil apelar al señor Osbaldistone, Rashleigh: él no está al tanto, como yo, del increíble alcance y seguridad de vuestras averiguaciones.



— A fé de caballero, que me dispensáis más honor del que merezco.

— Justicia os dispensó, Rashleigh; nada más que justicia, y no reclamo de vos otra cosa.

— Sois un tirano, Diana; — contestó él con cierto esfuerzo; — un tirano caprichoso, y gobernáis á vuestros amigos con vara de hierro. En fin, se hará conforme á vuestro deseo. Pero no debéis permanecer aquí; bien lo sabéis. Es necesario que regreséis conmigo.